



EL PAÍS

ÓPERA

Las entrañas del mal

MACBETH

De Verdi. Director de escena:
Christof Loy. Director musical:
Giampaolo Bisanti. Producción
del Gran Teatre de Ginebra.
Liceo. Barcelona, 7 de octubre.

JAVIER PÉREZ SENZ

Al director de escena Christof Loy le encanta diseccionar el alma de los personajes con la precisión de un cirujano. No siempre se entiende lo que hace, pues suele envolver la acción operística con lecturas psicoanalíticas que, sin manual de instrucciones, complican la vida al espectador desprevenido. En su montaje de *Macbeth*, primera ópera de Verdi sobre un drama de Shakespeare, va directo a las entrañas del mal y traza un surrealista retrato en blanco y negro de las ambiciones, temores y remordimientos de la siniestra pareja protagonista; aún sin entender bien lo que pretende, el espectáculo impacta por su monumental escenografía.

Tras el pésimo *Otello* de la temporada pasada, el Liceo cierra el año Shakespeare con esta grandiosa producción de *Macbeth* del Gran Teatre de Ginebra, estrenada hace seis años y que no se había visto de nuevo hasta su llegada al coliseo barcelonés. La monumental escenografía única de Jonas Dahlberg es impresionante; solo con ver la imponente escalera o la inacabable mesa del brindis de la coronación te entra miedo: sabes al instante que en ese lugar se masca la tragedia.

Faltó grandeza

En su debú liceísta, el director italiano Giampaolo Bisanti, de gesto claro y directo, algo que siempre agradece la orquesta, alternó episodios de nervio y tensión con pasajes de trazo grueso y exceso de decibelios. Tanto la orquesta como el coro se mostraron en buena forma, aunque musicalmente faltó grandeza verdiana en los fabulosos concertantes.

Algo le pasa al Liceo con Verdi, porque los repartos, aún contando con voces de prestigio internacional, no responden al notabilísimo nivel que se alcanza en las óperas de Wagner y Strauss. Y en *Macbeth* las voces no entusiasman: el barítono francés Ludovic Tézier y la soprano austriaca Martina Serafin, son excelentes cantantes en otros repertorios, pero en este título no dan la talla.

El canto verdiano debe estremecer al espectador y eso solo se consiguió a ráfagas, porque tanto Tézier como Serafin se vieron desbordados por las exigencias de sus colosales personajes. El teatro musical de Verdi nace en la fuerza incontenible de la voz y si una Lady Macbeth no da miedo, la cosa no funciona.



LA VANGUARDIA

CRÍTICA DE ÓPERA

Aplausos para 'Macbeth'

Macbeth

Autor: Giuseppe Verdi

Intérpretes: Ludovic Tézier (Macbeth); Martina Serafin (Lady Macbeth); Vitalij Kowaljow (Banco); Saimir Pirgu (Macduff); Albert Casals (Malcolm); Anna Puche (Dama); David Sánchez (Metge); Marc Canturri (Servent/Sicari/Herald). Ballet. Cor del Gran Teatre del Liceu. Dir: Conxita García. Orquesta del G. Teatre del Liceu. Dir: Giampaolo Bisanti. **Producción:** Grand Théâtre de Genève. Dirección escénica: Christof Loy, repuesta por Jean-François Kessler. Escenografía: Jjonas Dahlberg.

Lugar y fecha: Gran Teatre del Liceu (7/X/2016)

ROGER ALIER

El público asistió a la inauguración de la temporada del Liceu un poco asustado porque se había anunciado una producción de *Macbeth* muy innovadora, pero después apreció la calidad estética de las ideas y la fidelidad esencial al drama verdiano (que se desarrolló en la versión de 1865, es decir, retocada por el propio Verdi para el es-

treno de la obra en París, donde dio a la protagonista el aria *La luce langue* y cambió el final).

En el papel de Macbeth se volvió a presentar en el Liceu el prestigioso barítono francés Ludovic Tézier, que añadió un nuevo éxito a la cadena de aciertos que ha tenido en nuestro teatro, haciendo un Macbeth de voz intensa y con resonancias humanas que le pegan al personaje por su carácter menos *malo* que el de su esposa. Esta fue interpretada por Martina Serafin, la soprano vienesa que recordamos del Rosenkavalier de hace pocos años, y de otros roles como el de Abigaille del *Nabucco*. En el Liceu empezó su actuación quizás con un poco menos de fuerza de la esperada, pero en sus intervenciones sucesivas fue configurando un personaje lo bastante intenso como para resultar creíble, sobre todo en el aria del último acto. Por otra parte, lució un vestuario muy notable. Como Banco, Vitalij Kowaljow cumplió con buenos medios vocales e interpretó muy bien el aria *Come dal ciel precipita*, que es alta para un bajo y baja para un barítono y rara vez queda tan bien como en esta ocasión. Saimir Pirgu, el excelente tenor albanés que

ya nos ha visitado algunas veces, dio vida al personaje de Macduff, al que Verdi le dio un aria importante casi al final, y, curiosamente, le hizo compartir la cabaletta con el otro tenor de la obra, Malcolm, que Albert Casals cantó con gran capacidad y timbre excelente. David Sánchez lució una voz de bajo bien timbrada como Médico, Anna Puche se hizo notar como Dama y Marc Canturri fue un destacable Sicario, Sirviente y Herald.

Pero la joya de la corona fue el Cor del Gran Teatre del Liceu, a un gran nivel bajo la firme mano de Conxita García. La orquesta sonó francamente bien bajo la dirección competente de Giampaolo Bisanti. La producción nos obsequió con una persistente chimenea y prefirió que hubiera una mesa de invitados durante el segundo acto, que fue un estorbo para el asesinato de Banco y que en realidad no tenía ningún sentido escénico de la forma que se nos presentó.

Menos mal que, en compensación, la producción de Christof Loy tuvo el acierto de rescatar el ballet en una época que es casi un milagro. El público se fue calentando poco a poco y los cantantes saludaron varias veces.●



ara

ÒPERA

Macbeth somia a tornar a Manderley

El Liceu obre temporada amb un Verdi més estimulant a nivell escènic que musical

Crítica

XAVIER CESTER
BARCELONA

'Macbeth' GRAN TEATRE DEL LICEU
7 D'OCTUBRE

La carregosa parafernàlia en què s'estan convertint les inauguracions de temporada del Liceu no acaba de provar a Verdi. Després d'un flux *Nabucco* el curs passat, aquest any ha sigut el torn d'un *Macbeth* que no ha complert amb totes les exigències de la primera obra mestra del compositor italià. Almenys musicalment, perquè en l'apartat escènic Christof Loy ha signat una producció apassionant, importada de Ginebra.

¿Somia Macbeth a tornar a Manderley? El preludi ens situa de ple en una imponent mansió neogòtica, amb xemeneia i majestuosa escalinata incloses. En aquesta esplèndida escenografia inspirada en el film

Rebecca, obra de Jonas Dahlberg (increïble, era el seu primer treball operístic), trobem un envellit Macbeth observant les evolucions somnàmbules de la seva esposa, un fantasma canós, mentre l'escena s'omple de cossos ensangonats. Tota la trama serà un gran *flash-back* en un implacable blanc i negre (i gris) durant el qual Loy no està tan interessat a mostrar-nos la maldat en si com els efectes devastadors que genera en la psique dels protagonistes.

Una direcció d'actors perfectament afinada segueix amb nitidesa les motivacions i les reaccions dels personatges, amb solucions d'una extrema eficàcia teatral: el bandejament de Malcolm, sospitós d'haver assassinat el rei, al final del primer acte; la cara d'odi que Lady Macbeth dedica a Macduff i la seva família, premonició de tragèdies futures, abans d'atacar el Brindis; el deliri de Macbeth en veure la jaqueta de Banco que aquest ha deixat a l'escena anterior; un *Patria oppressa* amb el cor planyent, entre espelmes i retrats, les seves pèrdues per



Una de les escenes de *Macbeth*. A. BOFILL

culpa del tirà (va ser el gran moment de la formació que dirigeix Conxita Garcia).

Les bruixes són l'element que sacseja la ment de Macbeth, un grup de dones amb barba o transvestides d'actitud salvatge, no exempta d'ironia, com l'aplicada en el *ballabile* d'ondines i silfides, mentre que l'aparició dels reis en vitrines va ser un dels pocs cops visuals que Loy es va permetre. El ballet, com és habitual, va ser tallat en una interpretació de la versió del 1865, però amb

l'escena final del 1847, detall que el programa de mà oblidava comentar.

Al fossat les coses no eren tan estimulants, amb Giampaolo Bisanti intentant il·luminar les subtils de la música de Verdi. Intent lloable, si no fos perquè el preu va ser excessiu: el dessagnament de la partitura en una lectura d'articulació blana, temps desmaiats i finals sense tensió.

Voltatge insuficient

Ludovic Tézier ha anat conquerint progressivament els grans rols verdians i ha aportat a aquest *Macbeth* una veu plètòrica, menada amb un sentit immaculat del *legato*. Tanmateix, només en l'acte quart va pitjar l'accelerador en una encarnació fins llavors d'insuficient voltatge. L'acidesa vocal de Martina Serafin, en especial en el tercer superior (el re bemoll sobreagut de l'escena del somnambulisme la va derrotar), no desentona en un paper com Lady Macbeth però també aquí faltava verí i malvolença. Vitalij Kowaljow ha esdevingut *de facto* el baix verdian titular del Liceu, ara un Banco de bona línia en la seva ària, a diferència d'un Saimir Pirgu (Macduff) que no va sonar amb la llisor d'altres ocasions. Correcte el Malcolm d'Albert Casals, mentre que la dama d'Ana Puche i el criat de Marc Canturri van guanyar, si no pes vocal, més protagonisme escènic gràcies a Christof Loy, la principal raó per veure aquest muntatge. ■

el Periódico

Gran pero mejorable 'Macbeth'

CRÓNICA El Liceu aplaude el montaje de la ópera de Verdi y a sus irregulares protagonistas

CÉSAR LÓPEZ ROSELL
BARCELONA

Un ambicioso *Macbeth* para abrir la temporada del Liceu. La espectacular puesta en escena que el alemán Christof Loy hace de la ópera de Verdi sobre la tragedia de Shakespeare acentúa desde una visión cinéfila en blanco y negro, inspirada en el filme *Rebecca* de Hitchcock, el tratamiento psicoanalítico del montaje. La propuesta cuenta con un buen reparto, pero sin que los buenos resultados de sus esforzadas prestaciones sean para tirar cohetes. La dirección musical de Giampaolo Bisanti, carente de tensión dramática, tampoco contribuyó a subir el nivel de la apuesta, aunque el público de la noche del viernes aplaudiera unánimemente pero sin alharacas a los participantes de esta producción.

La fiesta, con notable presencia de representantes de las instituciones, acabó en paz pero dejó la sensación de que puede mejorar en las próximas funciones. No hay que olvidar que los protagonistas con pedigrí de esta representación –el barítono Ludovic Tézier (*Macbeth*) y la soprano Martina Serafin (*Lady Macbeth*)– tuvieron que superar la presión de su debut en roles de tanta exigencia. Al primero se le notó encogido al principio y, de hecho, no empezó a demostrar confianza en las grandes posibilidades interpretativas de su bello instrumento vocal hasta el tercer acto y, sobre todo, en el último con el aria *Pietà, rispetto, amore* y en la escena de la muerte.

SIN MALA UVA // Serafin tuvo siempre empaque dramático, de acuerdo con las características de su rol de malvada instigadora de los crímenes, pero exhibió desajustes en un registro que dista de ser el adecuado para este papel verdiano. Se pasó de decibelios en los agudos de los momentos



JORDI COTRINA

► Una de las escenas de 'Macbeth', ópera con la que ha abierto temporada el Liceu.

La grandiosidad escénica necesita del apoyo de un mejor funcionamiento de la parte musical

ció siempre una aclamada entrega. Ni ella ni su compañero acabaron de transmitir la mala uva exigible a tan sanguinarios personajes enloquecidos por la ambición de poder. Vitalij Kowaljow (Banco), Saimir Pirgu (Macduff) y el resto del reparto les acompañaron con corrección.

El coro de hombres mostró altura y convicción con la interpretación en el pasaje de *Patria opressa* y la coral travestida de las endemoniadas brujas logró transmitir el ambiente de magia negra que no se percibe visualmente en la inmóvil escenografía de la sala del castillo al renunciar a la presencia del bosque. Loy mueve todo el universo de la tragedia en este marco, con la escalera alusiva a la

de las entradas y salidas de los intérpretes. El único cambio relevante es el de la gran mesa del banquete, en la que Macbeth ve aparecer el fantasma del asesinado Banco. Allí se desarrollan también las escenas del sonambulismo y la de la muerte de la dañina Lady, además de las de la aparición de los espectros en cajas de cristal y las añadidas del ballet.

RENOVADA VISIÓN // El montaje se sigue con interés aunque le cuesta arrancar. La grandiosidad escénica necesita del apoyo de un mejor funcionamiento de la parte musical. Luca Salsi y Tatiana Serjan, mucho más experimentados en la interpretación de los papeles de los protagonis-



ABC

Crítica de ópera

«Macbeth» en blanco y negro

MACBETH ★★★★★

Música: G. Verdi. **Intérpretes:** Ludovic Tézier, Martina Serafin, Vitalij Kowaljow, Saimir Pirgu. **Orquesta Simfònica i Cor del Gran Teatre del Liceu.** **Director musical:** Giampaolo Bisanti. **Director de escena:** Christof Loy. **Lugar:** Gran Teatre del Liceu, Barcelona.

PABLO MELÉNDEZ-HADDAD

El Liceu barcelonés comenzó su temporada despidiendo su Año Shakespeare con una de las obras más logradas de Verdi inspiradas en el actor y dramaturgo inglés: «Macbeth». La obra se ofreció mezclando la versión francesa de 1865, aunque sin todos los ballets y dejando el final original, de 1847. La opción, quizá no la más coherente, venía dada desde el teatro de origen de esta lograda producción de Cristof Loy, el Grand Théâtre de Genève (Ginebra, Suiza), que opta por una escenografía única y un par de cortinajes que funciona muy bien, algo impensable ante una ópera con tantas escenas por acto. El menos logrado resultó ser el segundo, con el asesinato de Banquo en el comedor de los Macbeth. Pero hay muy buenas ideas, como que la fatal pareja esté junta desde el principio, incluso en la lectura de la carta, o el «racconto» que Loy se saca de la manga. Decorados, maquillaje y vestuario, en blanco y negro, miraban al cine del pasado.

Los dos protagonistas debutaban en sus complejos personajes: Martina Serafin, Lady Macbeth, aportó una voz impresionante, brillante; sin un pasado belcantista, sin embargo, su aproximación al rol careció de dominio en la coloratura; se cuida al bajar a los graves –casi inaudibles– y tampoco sus sobreagudos son hermosos, aunque solucionó con tablas y talento la escena de la locura. Ludovic Tézier cantó un Macbeth humano: su bello timbre pudo incidir en la maligna enfermedad que tortura al Rey escocés, aunque se echó en falta todavía más compromiso actoral; su «Pietà, rispetto onore» fue simplemente maravillosa. El Banquo de Vitalij Kowaljow convenció, pero, curiosamente, no se lució en su escena ni en su aria. Saimir Pirgu completó el reparto sin brillo especial –raro en ese lujo que es el papel de Macduff–, mientras el Coro del Liceu cantaba y actuaba cuidando siempre la calidad del sonido.

Desde el podio, Giampaolo Bisanti llevó por caminos de gloria a la Simfònica liceísta, ofreciendo una lectura teatral, pasional y aseada.

Un comienzo de temporada más que auspicioso.

EL MUNDO



'Macbeth', de Giuseppe Verdi, es la ópera con la que el Gran Teatre del Liceu abrió anoche el telón de la temporada 2016-17, MARTA PÉREZ / EFE

ÓPERA CRÍTICA

UNA HISTORIA DE SANGRE EN BLANCO Y NEGRO

'MACBETH'

Autor: Giuseppe Verdi. Dirección musical: Giampaolo Bisanti. Dirección de escena: Christof Loy. Reparto: Ludovic Tézier, Martina Serafin, Vitalij Kowaljow, Saimir Pirgu, Albert Casals, Anna Puche, David Sánchez, Marc Canturri. Orquesta y coro del Gran Teatre del Liceu. Producción del Grand Théâtre de Genève. Fecha: 7 de octubre. Calificación ★★★★★

JAVIER BLÁNQUEZ BARCELONA

Si *Macbeth* fuera un color sería, lógicamente, el rojo. Un rojo espeso, el rojo de la sangre que mana en abundancia durante toda la obra, hemoglobina a presión que brota de las heridas del rey Duncan, apuñalado en su lecho, o las del pobre Banco, víctima de una profecía que le condena a muerte, y, por supuesto, la del propio Macbeth, acribillado en un final luctuoso, de venganza terrible.

Sin embargo, en la producción de *Macbeth*, la primera de las grandes óperas de madurez de Verdi con la que arranca la nueva temporada del Liceu, el único momento rojo que luce en toda la obra es el de unas velas

que son una metáfora de la esperanza, el anhelo de un pueblo sometido a la voluntad irracional y la ira del tirano, y que desespera por recobrar la libertad y hacer justicia. Ocurre poco antes de que baje el telón en el tercer acto, cuando la rebelión del príncipe Malcolm y el héroe Macduff está a punto de comenzar. Justo antes de que todo vuelva a oler a sangre, a teñirse de rojo en la imaginación del espectador.

Así que esperamos el rojo, pero el rojo se destiñe. Christof Loy, el director de escena alemán que firma esta producción original de la ópera de Ginebra, ha preferido explicar la historia en blanco y negro, con una única concesión a los grises. Ni siquiera el telón es bermellón: para dividir escenas, en el escenario flota una gasa blanca, el fondo arquitectónico parece de mármol envejecido, y todas las ropas, desde las más desarropadas del coro a las más nobles de los papeles principales, se mantienen invariables en ese cromatismo sobrio que remite al cine clásico. La historia de *Macbeth* la conocemos bien: a través de Shakespeare, cómo no, pero también gracias a Akira Kurosawa –en

Trono de sangre– y a Orson Welles. Y si Verdi quiso estrechar los lazos entre la ópera y el gran teatro, Loy ha querido aquí fijar una línea de evolución que conecta la ópera con el séptimo arte. Su apuesta, de una exquisitez visual innegable, funciona por completo.

Ese blanco y negro también le sirve a Loy para trabajar sobre el libreto y la partitura de la manera que más le ha gustado siempre: intentando psicoanalizar a los personajes, queriendo comprender sus más íntimos motivos, sus reacciones irracionales. Lo de menos es que haya un crimen: lo importante es por qué alguien como Macbeth, un soldado acostumbrado a matar, duda tanto en clavar su puñal en el pecho del monarca, y cómo después de haber convivido con la muerte se altera cuando alucina con el fantasma de Banco; lo importante, también, es meterse en la cabeza fría de Lady Macbeth, que para Loy no es más que una sociópata sin entrañas.

La producción, pues, busca una conclusión profundamente moral mediante una estética sin alardes. No se puede decir que Christof Loy,

en esta ocasión, haya inventado nada nuevo, su propuesta no es tan revolucionaria como algunos de sus hitos escénicos –por ejemplo, aquella *Lulu* (Alban Berg) sin *atrezzo*, sólo con un fondo negro y una silla–, pero se puede disculpar en el sentido

de que, en pleno 2016, resulta difícil explicar *Macbeth* de una forma nueva, tras varios siglos de lecturas, versiones e interpretaciones audaces. Si *Macbeth* no se puede reinventar, como mínimo hágase tan exquisita como sea posible, y de ahí esos salones que sugieren un fotograma granuloso de una película sobre mansiones con misterio y cadáveres –*Rebecca*, por ejemplo–, de ahí esta producción de estética claramente *noir*.

En su primera noche de la temporada –esa inauguración siempre llena de políticos, de abogados reales, de héroes del tenis y del baloncesto, de publicistas con justificada fama de bordes–, el Liceu cosechó una no-

che triunfal. El concepto integral de Loy tuvo mucho que ver, pero también la flexible y precisa dirección de Giampaolo Bisanti, que supo llevar las dos horas y media largas de la ópera a interesantes extremos de tensión –otra manera de abordar la

CHRISTOF LOY RINDE HOMENAJE EN SU PRODUCCIÓN A CLÁSICOS DEL CINE COMO ORSON WELLES O AKIRA KUROSAWA

cuestión psicológica–, por el buen hacer del coro, que sigue funcionando como un motor recién engrasado, y por un elenco formado por prime-

ras voces en cada uno de sus registros, compacto y altamente competente, liderado por un Ludovic Tézier que se sigue confirmando como el gran barítono verdiano de su generación, por una Martina Serafin tan dramática como acrobática en el exigente rol de Lady Macbeth, y unos Vitalij Kowaljow y Saimir Pirgu (Banco y Macduff) con pocos minutos, pero timbre firme y respiración ajustada. Una gran noche de ópera, la primera de muchas que vendrán.

Críticaòpera

Imma Merino



'Macbeth', amb direcció escènica de Christof Loy ■ EFE

La correcció perillosa

Macbeth

Gran Teatre del Liceu, 10 d'octubre

Hi ha espectacles que sembla que compleixen, però que no acaben de ser satisfactoris. De fet, és pitjor: s'acosten perillosament a la correcció, és a dir, a aquella mitjanja que fa que siguin fàcilment oblidables. No hi ha res que grinyoli ostensiblement al *Macbeth* que inaugura la nova temporada del Liceu, però el muntatge procura la sensació que no es treballa perquè res sigui memorable. És una impressió general de la producció, adquirida al Gran Teatre de Ginebra, que pot concretar-se en les diferents parts, tot i que, potser, alguna cosa varia amb el "segon" (un concepte cada cop més caduc i revisable) repartiment, en què Luca Salsi i Tatiana Serjan interpreten, de manera respectiva, Macbeth i la Lady més terrible del teatre i de l'òpera. Pel que fa al "primer" repartiment, el baríton francès Ludovic Tézier i la soprano austríaca Martina Serafin són bons cantants, com s'ha tingut ocasió de comprovar al mateix Liceu, però potser tant un com l'altre són massa lírics per abordar amb plenitud dramàtica i efectes inquietants la parella sinistra.

La direcció de Giampaolo Bisanti tampoc afaforeix que Tézier i Serafin, que sempre llueix amb la seva presència escènica, cultivin les seves potencialitats dramàtiques. Si a ve-

gades pot fer la sensació que la partitura d'un Verdi encara primerenc (lluny de la maduresa desencisada amb la qual va compondre *Falstaff* i *Otel·lo*, les seves altres dues obres inspirades en Shakespeare) no s'acorda amb l'atmosfera tèrbola, corrupta fins a la putrefacció, de *Macbeth*, la direcció de Bisanti no hi aporta cap tensió dramàtica i és d'una lleugeresa descoratjadora. Tal capteniment no va acabar d'afectar el cor, que, sobretot, va excel·lir en l'estremidor *Patria oppressa*, en què el poble escocès lamenta que la pàtria s'hagi convertit en una tomba. Aleshores, a més, el cor va restar sol al davant de l'escenari, amb la cortina abaixada que tapava un decorat únic relatiu a una mena de palau intemporal amb arquitectura d'èpoques dictatorials. Si bé el decorat era lleig, sense que hagués de ser bell, tampoc no donava la sensació opressiva relativa a un *Macbeth*. I és així que la direcció escènica volgudament minimalista de Christof Loy transcorre en un espai insuls mentre s'explora psicoanalíticament en els hipotètics "problemes de gènere" de *Macbeth* que fan que les bruixes tinguin bigoti (sí, i és en el text, però és tan literal!) i que somiï una dansa d'ondines amb dos ballarins. S'ha de dir, però, que juga bé amb les transparències, que fan que l'escena adquireixi un aire fantasmal.



Gran Teatre
del Liceu



AMICS DEL LICEU

LA RAZÓN

De a Verdi. Con Ludovic Tézier, Vitalij Kowaljow, Martina Serafin, Saimir Piru, Anna Puche, Albert Casals, David Sánchez, Marc Canturri. Director musical: Giampaolo Bisanti. Director de escena: Christof Loy. Orquesta y Coro del Gran Teatre del Liceu. Barcelona, 7-X-2016

La primera ópera basada en una obra de Shakespeare de Verdi ha servido para inaugurar la temporada oficial del Gran Teatre del Liceu con un nuevo homenaje al dramaturgo inglés en el cuatrocientos aniversario de su muerte. Varias eran las novedades en este Macbeth de Verdi, empezando por la vistosa producción con dirección escénica de Christof Loy para la Ópera de Ginebra (Suiza), una propuesta moderna cuya trama ha sido trasladada a media-

UN MACBETH DE CUIDADA BELLEZA

dos del siglo XX y que sucede completamente en el interior del Castillo de Macbeth. La estética y el vestuario están muy cuidados, así como la dirección de escena que se centra en la psicología de los personajes con bastante éxito y con un cuidado trabajo de iluminación. El barítono francés Ludovic Tézier debutaba el personaje protagonista demostrando la gran calidad de su timbre, su capacidad para interiorizar el personaje y sacar el máximo partido de sus cualidades vocales e interpretativas en este extenso rol que el ofrece desde un punto más lírico

que dramático. Tézier cumplió con creces en su cometido obteniendo un importante triunfo en este nuevo personaje que sin duda debe seguir trabajando y profundizando para presentaciones futuras. La Lady Macbeth de la experimentada soprano Martina Serafin es todo un referente y demostró su capacidad para impactar con uno de los papeles más relevantes y difíciles de todo el repertorio lírico mundial. Serafin derrochó temperamento, un amplio registro de gran fuste pero con un registro agudo tendente al grito en esta partitura casi impo-

sible. Muy remarcable el Banco del bajo Viitalij Kowaljow con un color homogéneo y redondo de gran clase y calidad. Así como el excelente Macduff del tenor albanés Saimir Pirgu con un timbre juvenil de gran belleza. Muy correcto el resto del reparto, especialmente el Malcolm de Albert Casals y la Dama de compañía de Anna Puche. El director musical italiano Giampaolo Bisanti ofreció una lectura brillante y matizada de esta gran partitura verdiana frente a una Orquesta Sinfónica del Liceu cada vez más conjunta y con mejores prestaciones en

los metales y vientos. El Coro del Liceu cumplió con seguridad y musicalidad en una partitura con numerosa participación en coros y concertantes. Una velada musical de gran interés que seguramente se repetirá en un segundo reparto también muy destacado, que presentó un muy alto nivel en una producción de cuidada belleza estética basada en blancos y negros, que funcionó bastante bien a pesar de que en ocasiones dejó al público algo confuso en el seguimiento de la trama argumental. Sorprendió el hecho de que ni Christof Loy ni ningún asistente apareciesen en el escenario para recibir el reconocimiento del público.

Fernando SANS RIVIÈRE